

β

María Elena Waldo Hernández

---

# Mujeres, Filosofía y Modernidad: Un discurso con René Descartes.

## Introducción

La modernidad se presenta como una época de nuevo pensamiento para el hombre, centrándose en problemáticas y temas que resultan novedosos e interesantes. Lo que evidentemente marca una nueva forma de vida para el hombre con respecto a la concepción de su pasado, su futuro, y sobre todo su presente. Eventualmente, y a lo largo de la época, se notó este nuevo pensamiento representado por diferentes filósofos, como René Descartes, que es de hecho considerado como el primer filósofo de la modernidad, y que se caracteriza por exponer en sus discursos más cuestiones y dudas que saberes.

Pero, ¿qué pasa con las mujeres pensadoras y filósofas de la modernidad? Conocemos un sinfín de nombres de filósofos que sobresalen en esta época, pero los nombres de las mujeres parecen estar perdidos y olvidados, así como sus pensamientos. Sí bien, casi toda la manifestación filosófica de la época (no solo de esta época, sino también de las anteriores y futuras) se les atribuye a los hombres, existen mujeres que aportaron un interesante discurso digno de reflexión.

Por ello, en este ensayo haremos un análisis y reflexión sobre la problemática anteriormente planteada, así como algunos de los aportes de las mujeres en la época y su repercusión en la filosofía, más específica y profundamente el caso de Isabel de Bohemia, quien critica el pensamiento cartesiano.

## I. Desarrollo

Cabe resaltar, en primer lugar, el hecho de que las mujeres y los hombres tienen un camino diferente en la historia y en sus vidas si se trata de conocimiento, puesto que, a diferencia de los hombres, las mujeres habían sido privadas de derechos como la educación, mientras que, los hombres, se han visto privilegiados, las mujeres tuvieron y tendrán que lidiar con prejuicios. Mismos prejuicios que hacen que el pensamiento de las mujeres filósofas se vea juzgado únicamente por su sexo y no realmente por su discurso.

Podríamos pensar que el hecho de que el nombre, el pensamiento y el trabajo de la mujer no sea tan conocido como el de los hombres se debe a que no existen muchas mujeres que lo hayan realizado, o que, si lo han realizado, no hay alguna aportación novedosa a la Filosofía como para dar un reconocimiento a su pensamiento. Sin embargo, considero que se debe más a la expansión y difusión con las que las mujeres cuentan en su discurso y pensamiento, con respecto al de los hombres. Se piensa que en la época de la modernidad el pensamiento de las mujeres comenzó a tener un mayor alcance, precisamente en el siglo XVII.

Según Laura Benítez en *Filósofas de la modernidad* (2014), a lo largo de este siglo no solo se dio un amplio círculo de inclusión en la sociedad y análisis sobre la igualdad entre hombres y mujeres, sino que muchas mujeres escribieron tratados que iban de temas como la educación, la moral y las pasiones. Despertó también la consideración de los derechos de la mujer, pues existieron varias mujeres escribiendo sobre la importancia de la educación y los derechos de la mujer, principalmente en Francia e Inglaterra. Entre otros temas, aparecieron también en esta época diferentes escritos de mujeres sobre filosofía natural, sobre la teoría copernicana, dentro de los cuales sobresalen nombres como el de Margaret Cavendish, Jeanne Dumeé, Aphra Behn, Anne Conway, Damaris Masham, quien discutió críticamente el ocasionalismo, defendió algunos puntos de vista de Locke y debatió con Leibniz algunas tesis

metafísicas, aun cuando se creía que en ese tiempo histórico no era posible que dichos planteamientos fueran logrados por una mujer.

Otra mujer que ha de resaltar dentro del resto es Isabel de Bohemia, dada su crítica hacia el pensamiento de René Descartes mediante una correspondencia compartida entre estos dos, que refleja por medio de preguntas la capacidad crítica de Isabel ante cuestiones que el mismo Descartes parece no tener respuesta certera. Entre otras cosas, su diálogo se centra en distintos temas que refieren a la moral, las matemáticas, situación del estado, la felicidad y qué medios tiene la filosofía para hacernos llegar a ella, donde se ve un intercambio de puntos de vista entre estos dos personajes. Sin embargo, me gustaría abarcar específicamente las cartas en las que se da la crítica por parte de Isabel hacia el pensamiento de René Descartes. Con la finalidad de dar a conocer la capacidad de cuestionamiento filosófico con la que cuenta Isabel, como una mujer de la modernidad en el ambiente filosófico.

René Descartes otorga a la época un aire de duda. Duda metódica, con la cual propone obtener una seguridad en el saber, una duda que revisa de forma cautelosa el conocimiento para encontrar su fundamento antes de admitirlo como verdadero. Si bien, la duda le quita claridad al conocimiento y este se vuelve opaco y confuso, también permite que una vez hecho un análisis para resolver las dudas y encontrar un fundamento suficiente que dé validez al conocimiento en cuestión, este pueda ser finalmente claro, certero y seguro. En otras palabras, el objetivo de la duda en Descartes es la de saber algo como verdadero con seguridad. No está de más mencionar y distinguir esta duda metódica de la duda escéptica que parece terminar en el no saber y en la no afirmación de la verdad.

En Descartes se encuentra el discurso de diversos temas metafísicos, como es el de la relación entre la mente y el cuerpo. En su metafísica, Descartes distingue dos categorías que son la *res cogitans* y la *res extenso*, el primero se refiere al pensamiento y el segundo a la extensión, y ya que no se encuentra entre estas dos algo en común,

nos encontramos con un dualismo. Considera Mateu Cabot (1999) que incluso el sentido común nos indica que el ser humano está compuesto por ambas partes, espíritu y materia. Por lo cual, se desencadena en el pensamiento metafísico de Descartes un problema.

Mismo que nota Isabel de Bohemia luego de haber leído las *Meditaciones Metafísicas*, y que señala en la correspondencia que intercambió con René. En las cartas puede apreciarse la actitud crítica que adopta Isabel y la habilidad que tiene para realizar preguntas sobre puntos muy precisos de la filosofía cartesiana. Y como Incluso el propio Descartes tuvo que reexaminar su propia filosofía. Así es como a partir de cuestionamientos de Isabel de Bohemia y las respuestas de Descartes forman un diálogo entre la correspondencia que hemos de analizar a continuación.

Comienza Isabel, preguntando en su primera carta, de qué forma puede el alma del hombre determinar los espíritus del cuerpo de modo que estos realicen actos voluntarios, si de ese modo no sería alma sino una substancia pensante. A su pregunta añade un argumento que señala lo siguiente: Parece que la determinación del movimiento procede de la pulsión del objeto que se mueve según la manera en que lo mueve aquello que lo impulsa, y que pudiera depender también de la forma y superficie del objeto. Por consiguiente, se requiere un contacto entre las dos primeras condiciones, pero también se requiere la extensión.

Señala a Descartes que ha excluido la relación de la extensión dentro de la noción que concibe del alma y le solicita que vuelva a plantear una definición del alma como una substancia separada de la acción y el pensamiento. En la respuesta que ofrece, Descartes acepta el hecho de que en las *Meditaciones* más que otra cosa hizo énfasis en la separación que hay entre el alma y el cuerpo, y no en aquello que las relaciona o las une; añade que existen dos facultades en el alma humana de las cuales depende el conocimiento. La primera es que el alma piensa, la segunda es que el alma está unida al cuerpo y por ello puede actuar y proceder con él. Señala, además, una

posible confusión al pensar que la noción de fuerza con la que actúa el alma en el cuerpo es igual a la que actúa un cuerpo con otro.

A pesar de que Descartes argumenta que el alma mueve al cuerpo de la misma manera en la que el peso mueve la materia hacia el centro de la tierra, sugiere que no debería relacionarse el problema de cómo el alma mueve al cuerpo con el problema de cómo los cuerpos se mueven entre sí. Aclara que el argumento anterior ha servido para comprender cómo el alma mueve al cuerpo, ya que no se estaba logrando comprender la idea de cómo el alma, que afirma como inmaterial y carente de extensión, puede mover al cuerpo.

Recapitulando lo anterior, Isabel le solicita a René una descripción más precisa de lo que concibe como alma, y una explicación de por qué no toma en cuenta la parte de la extensión en la concepción del alma que plantea Descartes en las *Meditaciones*. Sin embargo, por parte de la respuesta del filósofo, no parece atender a lo que plantea Isabel en su carta. Si bien se refiere al movimiento del alma y el cuerpo, y al del alma con relación al cuerpo, no está dando una respuesta completamente satisfactoria según lo solicitado.

Por ello, Isabel, al no quedar satisfecha con esa respuesta, contesta contra argumentando a Descartes diciendo que no consigue entender por qué la idea que él proporciona puede alcanzar una persuasión suficiente para convencer de que algo inmaterial pueda mover un cuerpo. Lo que sucede ahora es que Isabel no encuentra en la respuesta de Descartes fundamento suficiente que sostenga su afirmación anterior; sin embargo, el argumento que ofreció Descartes a Isabel se le presenta como la posibilidad de que el alma en sí misma es material, pues menciona que le sería más fácil atribuirle al alma materia y extensión, que decir que un ser inmaterial tiene la capacidad de mover un cuerpo.

A este problema le añade otro, que señala el modo en el que el cuerpo afecta al alma, ya que, si el alma es pensamiento, entonces las afecciones corporales y el estado

de ánimo repercuten en la capacidad de razonar. Isabel da, en este caso, dos hipótesis; una sobre la materialidad del alma y otra sobre las afecciones del cuerpo en el alma. A pesar de que también ofrece una explicación a sus hipótesis, Descartes parece evadir en su respuesta la discusión de las hipótesis planteadas por su emisora. Hace una curiosa distinción entre las nociones entre las cuales presta atención una persona que no ejercita su capacidad intelectual y aquellas a las que atiende un filósofo.

Descartes considera que está claro para la mayoría de las personas que el alma está unida al cuerpo, pero el filósofo puede que sólo tome en cuenta las diferencias entre el alma y el cuerpo siendo indiferente a aquello que los une. Nuevamente, parece que Descartes no está atendiendo a las preguntas de Isabel, sin embargo, le acepta atribuirle materia al alma. Menciona: “...puesto que Vuestra Alteza comenta que, no siendo el alma material, es más fácil atribuirle materia y extensión que capacidad para mover el cuerpo y que éste la mueva, le ruego que tenga a bien otorgar al alma sin reparos la materia y la extensión dichas, pues concebirla unida al cuerpo no es sino eso. Y tras haberlo concedido con claridad y haberlo sentido en su fuero interno, le será fácil pensar que esa materia que ha atribuido al pensamiento no constituye el pensamiento en sí”. (1999) Dando a entender a Isabel que por sus propios medios se dará cuenta de que la materia no es el pensamiento.

Si bien Descartes no profundiza en los problemas que le plantea Isabel, si le aconseja que no mantenga su entendimiento enfocado en una meditación de manera tan frecuente, puesto que podría ser perjudicial. Es decir, que se prevenga de permanecer de manera excesiva en cuestiones metafísicas. Quizás lo que quiso decir Descartes con lo anterior es que no debería ocuparse tanto por problemas como los que había estado planteando a lo largo de sus cartas. Pues él mismo le menciona que una norma a la que se atiende en sus estudios para adquirir conocimiento es la de no dedicar demasiado tiempo diariamente a los pensamientos que mantienen ocupada la imaginación. Y ocupar más bien el tiempo en los sentidos y el descanso de la mente.

A pesar de que Descartes comenta y ofrece una respuesta a las incógnitas y problemas que plantea Isabel, no parecen ser más que explicaciones de las verdades que ya Descartes toma como verdaderas según su pensamiento. Isabel, por su parte, parece introducir sus dudas y opiniones, puesto que señala que le queda claro que existe evidencia de la unión que hay entre el alma y el cuerpo, pero que esto no parece ser suficiente para que se explique de qué manera están unidas e intervienen uno con otro.

Considera Laura Benítez (2014) que la correspondencia entre Isabel y Descartes llevó a este último a escribir *Las pasiones del alma*, donde se ve reflejado el trabajo conjunto entre estos dos personajes. Pero considera que más importante que ese tratado son las lecciones de argumentaciones que logra plasmar Isabel a lo largo de sus cartas, dada la sinceridad intelectual que impregna en su discurso, con la misma que brinda validez a sus cuestionamientos.

Además de lo anterior, evidentemente hay que dar un mayor mérito a Isabel, pues en un mundo en el que la mujer es apartada y excluida en diferentes aspectos de la sociedad y del conocimiento, incluso dentro del ámbito en el que ambos se desarrollaban, que es la Filosofía, donde nadie esperaba que una mujer consiguiera realizar dichos razonamientos por su propia cuenta, consiguiera cuestionar el pensamiento cartesiano hasta el punto en el que Descartes tuvo que replantearse a sí mismo su propio pensamiento.

Sin dejarse menospreciar o intimidar por cosas como el intelecto, el sexo, entre otras cosas, que pudieran distinguirles uno a otro. Sin mencionar que esta correspondencia es un gran ejemplo de cómo la filosofía puede construirse a partir del diálogo. Isabel de Bohemia representa a esas mujeres de la modernidad que no tuvieron miedo de dar a conocer sus pensamientos en un mundo donde los hombres parecen tener el mando. Dejando su aporte y su huella en la historia, junto con muchas otras mujeres que quizás no tuvieron la misma oportunidad de difusión que



ella. Tristemente las cuestiones de Isabel con respecto a la materialidad del alma no fueron aclaradas de manera satisfactoria.

Evidentemente, el hecho de que hoy en día nombres como Mary Shepherd o Gabrielle Suchon no nos suenen a muchos, no es porque su aportación no fue original, o porque su contenido no fuese interesante, sino porque a lo largo de la historia las mujeres han tenido que pasar diferentes dificultades para adquirir su libertad, lo que les impedía siquiera poder firmar un libro con su propio nombre y se veían obligadas a firmarlos bajo pseudónimos o el nombre de sus padres o esposos. A pesar de lo que considero casi una censura involuntaria del trabajo y aporte filosófico de la mujer en la filosofía, podemos decir que existe ahora mayor libertad para las mujeres en esta disciplina y en cualquier otra.

## Conclusión

El hecho de que ahora sea completamente normal que una mujer escriba sobre cualquier tema filosófico o de cualquier otro tipo, es un avance gratificante y notorio. Sin embargo, es un problema que aún no se ha erradicado, pues como se mencionó al inicio de este ensayo, la mujer se verá rodeada de diferentes prejuicios que han sido inculcados por los hombres bajo sus acciones, pero que, desgraciadamente, muchas mujeres también han adoptado. Es posible que solo hasta que esto haya cambiado las mujeres puedan sentirse completamente libres de escribir y manifestar su pensamiento. Debemos especial gratitud y admiración a aquellas mujeres que en circunstancias diferentes y pasadas hicieron posible lo que hoy en día tenemos todas las mujeres.

Bibliografía:

Benítez, L., Et.al. (2014) “Filósofas de la Modernidad temprana y la Ilustración”. Hidalgo: Universidad Veracruzana.

Descartes, R., (2006) “Meditaciones metafísicas”. Madrid: Espasa Calpe.

Descartes, R, (1999) “Correspondencia con Isabel de Bohemia y otras cartas” trad. María Gallego. España: Alba Editorial.

Almudena, G., (2007). “Mujeres, Identidad y Modernidad”. VI Congreso Chileno de Antropología. Colegio de Antropólogos de Chile A. G, Valdivia.